

El tratado que dió fin á la guerra entre la Francia y Nápoles, se firmó en Florencia el 28 de marzo.

Despues de haber ganado la batalla de Hohenlinden, Moreau dijo á sus generales: *Acabamos de conquistar la paz*. En efecto, el conde de Cobentzel quese habia quedado en Luneville, varió enteramente su actitud despues de la victoria de Moreau. En una nota del 31 de diciembre, declaró que se hallaba autorizado por su soberano á interpretar sus poderes en el sentido que entendian los plenipotenciarios franceses, y á *tratar sin el auxilio de los Ingleses*. Esta gran concesion, cuya conquista acababa de causar en Alemania, é iba á causar en Italia tantos desastres y tantas pérdidas para la casa de Austria; era la paz del continente. El paso dado por el conde de Cobentzel formaba una declaracion supletiva. La ocupacion de la Italia y la toma de Mántua, la parcialidad del papa, la accesion tan directa, tan temible del emperador de Rusia, y la humillacion de la corte de Nápoles que, por órden de aquel monarca, se entregó al alvedrío del primer cónsul, produjeron, el 9 de febrero, la paz de Luneville.

Este famoso convenio, recordando todas las cláusulas del tratado de Campo Formio, volvía á ratificar la cesion de la Bélgica á la Francia y le traspasaba la soberanía de la orilla izquierda del Rhin; quitaba ademas al emperador de Austria el protectorato del cuerpo germánico, rompiendo el lazo federativo, y dejando la votacion al alvedrío de Bonaparte, preparaba la confederacion del Rhin, señalaba el Adige por límites de las posesiones francesas y austriacas en Italia; obligaba á la corte de Viena, á reconocer la independenciam de las repúblicas cisalpina y liguriana, batava y helvética; despojaba al hermano de Francisco II de la Toscana, y bajo el vano título de reino de Italia, erigido en cambio del ducado de Parma, hacia con el gran ducado una recompensa de la fidelidad de la casa de Borbon de España, y de su enemistad contra la Inglaterra. Al momento en que se publicó el tratado, los ejércitos se maravillaron con espanto del nuevo órden político que salia de repente de los campos de batalla de Alemania y de Italia, y del espectáculo, desconocido, dado al universo por la fuerza y la fortuna. Los hombres advertidos juzgaron que la auto-



ridad despótica de los campos de batalla, origen de la primera autoridad regia, iba á presentarse á la Francia bajo de otra forma, y que, noteniendo nada que esperar en adelante del amor ó de la gratitud de los pueblos y nada que temer de su ingratitud ó de su enemistad, Bonaparte, levantado ya tres veces sobre el paves triunfal por la derrota de la casa de Austria, no se contentaria con ser el primer magistrado de la nacion durante la paz, ó su dictador en los peligros. Los hombres de 89, que habian apoyado la revolucion del 18 brumaire y puesto en los resultados las esperanzas mas lisongeras, tuvieron que refugiarse á sus recuerdos; no habian previsto tanta gloria seguida de tanto poder. El tratado de Luneville daba en que pensar á todos los partidos que existian en Francia, y á todos los intereses exteriores. Nadie se atrevia á correr el velo que cubria el porvenir, todo el mundo aguardaba en silencio.

El 12 de febrero, llegó á París la noticia de la paz de Luneville, y sorprendió á los habitantes de la capital, entregados á las diversiones del Carnaval. La fiesta popular se volvió fiesta heróica. La poblacion entusiasmada

acudió á las Tullerías; allí se formaron bailes de improvisó; la música militar de la guardia consular sirvió de orquesta, y en medio de los gritos de viva Bonaparte se celebró una funcion de triunfo y de paz. El ruido de la artillería se mezcló hasta la noche al alborozo popular. Se cantaron en los teatros himnos compuestos repentinamente por los poetas de la República, los habitantes iluminaron espontáneamente sus casas, y los Parisienses volvieron á ejercer aquella soberanía popular, que apenas habian abdicado en la época del terror. La subida de los fondos, que despues se mostró tan infiel á los intereses de la Francia, señaló desde aquel dia la marcha, ó por mejor decir el entusiasmo de la opinion. Se especuló sobre el tratado de Luneville como se habia especulado sobre el 18 brumaire, y este agiotage, creado por la gloria que cubria la Francia, pareció una garantía de la fortuna pública. La funcion la mas brillante fue la que dió M. de Talleyrand, ministro de relaciones exteriores. Allí el primer cónsul recibió los homenajes de todas cuantas personas distinguidas en todas clases, nacionales y extranjeras, estaban en París; las ilustraciones



de la monarquía y de la revolución, antiguos cortesanos y antiguos repúblicanos; nuevos ricos, guerreros, sabios, poetas, magistrados, legisladores, artistas, todos se juntaron para honrar en el primer cónsul el pasado, el presente y el porvenir. París se entregaba sin prevision á todo el delirio de la prosperidad nacional. Bonaparte recogió entonces los votos para este otro 18 brumaire que estaba meditando. Nunca la libertad de un gran pueblo, cual era entonces el pueblo francés, sucumbió á un peligro mas hermoso.

Sin duda, esta perdido ya el recuerdo de este entusiasmo y de esta seducción; pero el tributo, pagado á la industria por el hombre de los campos de batalla, debia vivir para siempre en la institucion del 4 de marzo de 1801. Desde aquel día, la exposicion de los productos manufactureros é industriales de la Francia quedó señalada para los últimos dias del año republicano (17 á 22 de septiembre). Esta creacion, que dió á conocer otra superioridad de aquella época tan memorable, igualó la gloria de las artes útiles á la gloria de las armas, á la que ha sobrevivido; y la ciencia, modesta, laboriosa y fecunda, tuvo

bien sus conquistas y sus triunfos. El genio de la guerra en su descanso dedicó este homenaje á la paz y le ofreció á la patria, que se mostró tan agradecida que se entregó á su alvedrío con todas sus esperanzas y todos sus recursos, admitiendo imprudentemente en cambio de sus libertades, los trofeos de la victoria.

